



LIBROS

N. de la R:—Se ruega a los autores y editores que deseen aparezcan las recensiones de sus libros en las páginas de esta revista, que nos manden dos ejemplares de cada obra, a no ser que se trate de ediciones muy caras.

LANDARECH, S. J., Alfonso M^a—“*Literatura Universal y Etimologías*” (Textos del Externado de S. José) Págs. 159 — San Salvador (Edt. ECIR, Val. España) —1953.

Diáfana como el cristal es la obrita que el P. Landarech acaba de poner en manos de los alumnos de bachillerato.

El P. Landarech — autor ya de varios libros de texto — ha sabido recortar las alas del literato, fama suya bien merecida, para dejar paso preferentemente al pedagogo.

Esta cualidad es una de las que más gratamente impresionan y habrán de impresionar, pues, como lo auguramos, será adoptado como texto en nuestros planteles de Segunda Enseñanza.

El orden, fiel e indispensable ayudante del pedagogo, rige la obrita desde el principio al fin. Sigue invariablemente esta pauta:

1º.—Con unos cuantos datos y rasgos seleccionados con sobriedad y maestría, inicia al alumno en los orígenes de la lengua, valor de su literatura, característica de sus diversas épocas.

2º.—El material de obras y autores, que el P. Landarech no escoge sino toma íntegro del Programa Oficial, lo distribuye siempre con el mismo ritmo de vida, obras y juicio. Esta cualidad, de ceñirse estrictamente al Programa Oficial del Ministerio de Cultura sal-

vadoreño, es inapreciable para los mentores de Secundaria, que ven ahorrado así un tiempo ilimitado en laboriosos escarceos por obras voluminosas, sabías muchas de ellas, pero poco pedagógicas.

El doble carácter de literato y pedagogo, felizmente hermanados en este benemérito profesor del “Externado de S. José”, ha conseguido que sus notas sobre la vida de autores y obras, sean atinadas, iluminadoras de la personalidad de éstos y asequibles a los alumnos.

Alguien que haya idealizado en demasía a ciertos autores — consúltense sus observaciones por ejemplo sobre algunos literatos franceses — podrán sentirse defraudados por los juicios del padre, pareciéndoles depresivos para sus personalidades. Lo cierto es que el autor no escatima la alabanza para los méritos verdaderos, así como tampoco deja de descubrir los defectos. Elementos ambos tan necesarios para educar el criterio de los jóvenes estudiantes del bachillerato.

Como perfecto conocedor de las lenguas clásicas, griego y latín, el P. Landarech en sus “Etimologías”, última parte del Programa Oficial y de la del Texto, ha atinado en juntar una serie de elementos semánticos y familias de palabras que, sin recargar la memoria del discípulo, le dan una buena iniciación en la materia.

Todas estas cualidades quedan realizadas por el precioso estuche en que las ha engarzado la editorial ECIR.

Auguramos para el P. Landarech un completo éxito editorial en su texto de "Literatura Universal y Etimologías", según el Programa Oficial del Primer Año de Bachillerato".

LONGHAYE, Jorge, "*Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*". Pág. 284 —"Buena Prensa", Apart. 2181, México (1), D.F.—1952.

En este volumen de agradable presentación ofrece la edit. "Buena Prensa" la utilísima obra del P. Longhaye tan conocedor de los Ejercicios de S. Ignacio. Utilísima tanto para los ejercitantes como para los directores de retiros. Es conocida de todos la claridad del ilustre preceptista. Las meditaciones — casi exclusivamente es lo que reproduce esta traducción castellana — están armónicamente distribuidas en tres puntos, con una declaración mojonada de letras en cursiva que van resumiendo las ideas principales. Esto facilita luego la meditación misma, pudiéndose hacer un resumen rápidamente.

No es precisamente la profundidad lo que distingue la obra del P. Longhaye, sino es esa exposición nítida.

Aunque sus meditaciones van estrechamente ceñidas a las del librito de S. Ignacio, no faltan algunas personales del autor, como la repetición del infierno, "Jesucristo y el réprobo", y la repetición o resumen de la "Contemplación para alcanzar amor". "Por El, con El, en El", que ilustran la materia de la principal con luz nueva e impresionante, sin salirse de su finalidad.

Juzgamos muy oportuna por estas razones esta nueva edición, ahora que vemos crecer consoladoramente las tandas de ejercicios en Centro Améri-

G. O.

DERISI, Octavio N.—"*LA PERSONA, Su esencia, su vida y su mundo*", 400 págs. (1950)—Universidad Nacional de la Plata.

El Instituto de Filosofía del primer centro educativo argentino nos ofrece este libro de su Director. Ha sido editado bajo los auspicios del Ministerio de Educación, siendo un vivo elogio de los afanes culturales de la nación hermana, así como de su competencia en la impresión y presentación de sus publicaciones.

Nos hemos acercado con curiosidad y gusto a un libro de tema tan actual y sugerente. Francamente, no hemos quedado defraudados. No porque en él hayamos encontrado nuevas teorías; estimamos lo bastante la filosofía perenne como para entender que en ella se encuentran los gérmenes para la constitución de una ciencia de las ciencias que solucione todos nuestros problemas y nos defienda de las sofísticas antinomias.

Es un tratado exhaustivo de la persona en toda su concepción filosófica y cristiana, y un resumen de toda la filosofía escolástica. Por eso mismo pudo parecernos en un principio que la exposición del asunto se tomaba de orígenes demasiado lejanos, pero hemos visto que este inconveniente, si para algunos puede serlo, queda compensado por la riqueza de problemas que presenta y claridad con que los soluciona.

Es de admirar la originalidad que el autor sabe dar a unas ideas tan antiguas y tan trilladas; a un mismo tiempo ayudan al orden los tres puntos claves que nunca pierde de vista: verdad, bondad, belleza, y sus correspondientes contemplación intelectual, actividad libre, moral y técnico-artística. La transcendencia objetiva, real, divina nos llevan hasta los límites máximos en que nuestra inteli-

gencia puede desenvolverse y nos hacen ver toda la hondura del asunto.

Son trabajos que el autor compuso en épocas distintas, según él mismo nos lo dice en el prólogo, pero si algo tenemos que objetar son algunas repeticiones que ayudan mejor a comprender materias tan densas y delicadas. Son ocho los capítulos: *Fenomenología y ontología de la persona*, en el que nos lleva hasta la substancialidad y espiritualidad, con todas sus consecuencias. Sin enfrentarse directamente con las filosofías modernas, refuta con argumentos positivos todos los temores de los que aferrados a la conciencia no dan el salto hacia el más allá. *Metafísica del conocimiento*, que deshace la antinomia Kantiana, puesta más de relieve por Sartre, de la oposición entre conocido y cognosciente.

El objeto formal de la voluntad y el origen del problema moral, psicología de la voluntad que prepara el camino a una ética cristiana. *Las dimensiones de la persona y el ámbito de la cultura*, libertad teórica y práctica con exclusión de "el arte por el arte". La persona humana frente a la triple transcendencia: objetiva, real, divina, transcendencia de la persona, que nos lleva hasta Dios. Persona, individuo, sociedad, la sociedad es necesaria por la deficiencia del individuo y sobreabundancia de la persona. *Caracteres antagónicos de la persona*, soledad y comunicabilidad de la persona, sin perder de vista la Persona por excelencia, en que coinciden por identidad perfecta. El estudio y trabajo del autor en capítulos precedentes va cobteñiendo sus frutos en estos capítulos para consumarse en *Para la construcción de un humanismo personalista*, que aplasta las posibilidades de un humanismo ateo.

Partiendo de un mismo supuesto del que parten los existencialistas, sin nombrarlos siquiera, nos hace ver las

enormes posibilidades de un humanismo cristiano y único. Aunque hemos señalado los puntos negativos, ellos en el autor no toman tanto relieve ante el cúmulo de verdades positivas, que tan bien ha sabido presentar. Es digno de toda alabanza este esfuerzo y que tan altamente habla en favor del avance cultural sud-americano.

J. M. G.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA, S. Agustín. Texto latino (edición benedictina) y versión española por el Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1953.

Es el segundo opúsculo que la entidad mencionada publica, habiéndole precedido el *Prosligion* de S. Ambrosio. Contiene dieciséis capítulos breves, acerca de la materia. El traductor, José Bezic, ha emprendido una cosa ardua. Aquí sería más cómodo censurar que dar una versión propia, pues es grande su dificultad, y a veces invencible. Si el mismo S. Agustín en sus "Retractaciones" confiesa que "por la complicación y concisión de sus argumentos es tan oscuro, que cuando lo leo, a mí mismo me fatiga, y apenas si alcanzo a entenderlo del todo", imagine el lector lo que será para nosotros. No ya por razón de la forma, pues el argumento "por el imposible" acumulando partículas negativas es muy latino pero no lo sufre bien el castellano, sino también por la misma materia, este libro no resulta de lectura recreativa; pero si lo suficientemente claro para que de él se extraiga la sustancia principal.

La exposición agustiniana no es tan jugosa como otras del mismo santo. Se acerca más al rigor escolástico. Véanse las afirmaciones principales que prueba:

"La ciencia existe en un ser viviente; el ser en quien se la encuentra, no

puede menos de vivir siempre. El alma humana, sujeto de esa ciencia, es inmutable sustancialmente: los cambios accidentales no la hacen morir como al cuerpo. Los principios del Arte y de las Matemáticas son inmutables, y no se encuentran sino en un alma que vive. El alma no cambia hasta tal grado que deje de existir; no puede menoscabarse, y por lo tanto, no puede morir. Siendo el alma esencialmente vida, en ningún momento puede carecer de ella. El error, contrario a la verdad, no destruye el alma. El alma no se puede transformar en cuerpo. Ni el sueño ni otra afección alguna puede amenguar la fuerza y vida del alma. El alma racional no se puede transformar en irracional. Está toda entera en todo el cuerpo, y toda entera en cada una de sus partes".

Para leer con fruto esta obrita hay que repetir bastantes parrafitos, ya en la traducción española, ya también en su texto original.

Precede un breve pero sustancioso prólogo de Monseñor Derisi, Director del Instituto de Filosofía, autor ya de unos "Ensayos" sobre la persona, su esencia, su vida, su mundo".

Sin rechazar ninguna de sus ideas, se pudiera puntualizar más una, que a mi juicio es el eje de casi todo el tratado, como se verá por la simple lectura del resumen que precede. Afirma Mr. Derisi que "la argumentación agustiniana se desenvuelve dentro de su concepción Metafísica, integrada toda ella en la doctrina fundamental de la "participación de la luz o verdad". Así es, en efecto, si Mr. Derisi se concreta a sólo el capítulo XII en donde trae como prueba esa "participación de la verdad"; pero para el resto del libro, arranca más bien del concepto de "vida", idea de todo el cariño de Agustín, y que apunta en otros tratados suyos, principalmente en aquella luminosísima exégesis del Prólogo del Evangelio de S. Juan, valiéndose de

una lectura variante antigua: "Sin El nada se ha hecho. Cuanto es hecho, en El, vida era". Participadamente y a imitación, cuanto Agustín hace, vida es. Y el santo concibe la ciencia en todo hombre, aún la más abstrusa como cosa viva y no como abstracción muerta. No relega únicamente al arte las ideas concretas y vivas, ni nos hace concebir, por consiguiente, nuestras ideas abstractas como representaciones muertas, algo así como cadáveres subsistentes o que no tienen más vida que la estampada en los libros, mientras un cerebro pensador no venga a darles vida, leyéndolas e interpretándolas.

Mil plácemes merece el Instituto de Filosofía de Buenos Aires, porque presenta a la juventud seriamente estudiosa materia de sólido aprendizaje.

N. O.

ILUNDAIN, S. J. *Estanislao.—Familia y Colegio*. Edic. Studium de Cultura. Madrid, 1952 (20 x 14 cms. 160 págs.).

Habíamos oído hablar de las conferencias del entonces P. Prefecto del Colegio de Areneros (Madrid) a los padres de los alumnos. Hoy las vemos recogidas en un tomito lindo y de epígrafe atrayente. Atribuimos a la sencillez del P. Ilundáin la razón de que las charlas no guardan relación con la ambición del título; no lo creemos aunque lo diga él mismo, pues el fin general no puede ser más ambicioso: la educación toca a los padres, al Colegio como subsidiario por la imposibilidad de los padres de consagrarse totalmente a sus hijos. En todo momento se pone de relieve esta verdad que parecerá nueva a muchos, pero que viene dada por la naturaleza.

Si atendemos a la particularidad de las conferencias observamos un espíritu sereno, conceder del joven en todas sus etapas — no olvidemos que el P. Ilundáin tuvo a su cargo la resi-

dencia Loyola para universitarios en Madrid. Este conocimiento y su espíritu apostólico se revelan por doquier. No es un tratado psicológico profundo ni tiene por qué serlo: ha de estar al alcance no de pedagogos de gabinete sino de padres de familia; de ahí su carácter práctico. Se habla con libertad evangélica al señalar las deficiencias de los padres; nos admira la modestia del autor, jesuita, quien al notar las propias del Colegio nota que "el método nuestro —ignaciano— de educación es uno de los métodos existentes, ni el mejor, tal vez; y, como método humano, no es cúmulo de perfecciones, sino que tiene sus pros y sus contras".

Siete son las conferencias; algunas más generales al observar la ayuda que los padres pueden aportar al régimen disciplinario del Colegio o al explicar ideas sobre Moral del educando, a fomentarse para que los hijos reciban de lleno el fruto de la labor del Colegio. El problema de la pubertad y las vacaciones del verano vistas desde el Colegio — los padres corren el peligro de ser menos objetivos por el cariño, que les ciega, o las preocupaciones, que los absorben— llenan dos puntos claves en la vida de los muchachos. El método no es negativo, ni podía serlo: los padres de familia necesitan orientaciones para preservar a sus hijos de los peligros que se les advierten. Para ello se habla del campamento, clásico ya en el colegio de Areneros y tan útil, del efecto del cine en los colegiales — se combate el cine como diversión única y se proponen otras más sanas— y de la formación de los hijos para su función social, tema tan fundamental en nuestros días: "No basta no despreciar a nadie, hay que estimar a todos..."

Charlas que abarcan todos los matices principales de una pedagogía cristiana, encauzada primordialmente a la educación, al alma, más que a la mera instrucción. De la divulgación y asi-

milación de estas ideas tan cristianas y tan razonables, se puede esperar una generación responsable y sana.

Podíamos notar algo en un prólogo harto prolijo en llenar su cometido, pero lo pasamos por alto en atención al cariño que destilan hacia el educador las líneas del Presidente de la Asociación de Padres de Alumnos del Colegio. Prólogo que demuestra penetración con las ideas del libro y conocimiento exhaustivo de todo su contenido; su lectura no hace sino aumentar nuestras ansias de leer la obra: en esto llena bien su función.

J. M. G.

DE HEREDIA S. J. Carlos María.—
Una fuente de energía. Editorial: Buena Prensa. México D. F. 1952 (20 x 14 cms. 304 págs). Decima séptima edición.

El número que hace la presente edición y las muchas traducciones del libro hablan demasiado en favor de este "magnífico tratado de oración", según se dice en lo que va por vía de prólogo; se pide a los lectores "que, una vez leído el libro, lo recomienden cuanto puedan a sus parientes, amigos y conocidos, para que el bien que ellos hayan obtenido con su lectura, lo obtengan otras muchas personas". Recomendación que hacemos cuantos hemos visto cómo las grandes ideas de la religión pueden y deben adaptarse al pueblo de un modo gracioso y espontáneo; los temores de que almas de vida ascética más intensa puedan sentirse heridas por la insistencia del autor en que no escribe para "beatas y beatos", se deshacen ante la unción de un alma que se nos retrata ingenua al modo evangélico y sencilla en su modo de comunicarse con Dios. Por lo mismo que se dedica al pueblo esta obra llamamos la atención sobre una frase del capítulo XIV: "Los ricos son muy dueños de disponer de su dinero

según su voluntad, pues es de ellos...” No que dudemos de la exactitud doctrinal del benemérito P. Heredia, sino que lo atribuimos a su estilo suelto; además el contexto todo alivia el sentido de esas palabras; con todo creemos que se exige una explicación en estos momentos en que la Iglesia pide se inculque a todos la función social del dinero. Nos extrañamos también de una presentación tan pobre en un libro que merece tanto; es cierto que

sigue el curso general de las publicaciones de Buena Prensa, pero ello no impide que deseemos a esta loable editorial un esfuerzo en presentar mejor clase de papel.

Pequeños escrúpulos que no son sino menudencias en un libro que tantas almas tiene traídas y ha de traer aún a la confianza en nuestro Padre Dios.

J. M. G.

